



Desmentido (y corrección)

La realidad persigue a los habladores. El martes por la noche, durante un programa de radio en la estación Duna de Santiago de Chile, dije a quienes me entrevistaban, el director del diario *La tercera*, Cristian Bofill, y el extraordinario editor y crítico Héctor Soto, que la diferencia entre la violencia del *narco* en México y la que hubo en Colombia en los ochenta, es que en México el *narco* no le había declarado la guerra al Estado ni había empezado a disparar contra el gobierno.

Sonaba bien, pero era falso, al menos parcialmente: el día anterior las bandas de *La Familia* habían empezado a disparar a los miembros de la Policía Federal en Michoacán.

No sé si esa ofensiva es el inicio del cambio en un rasgo central de la guerra contra el *narco*, precisamente el hecho de que las bandas, arrinconadas por la presión de la ofensiva gubernamental, deciden en algún momento voltear sus armas contra el Estado que lo persigue y sus representantes.

Hasta ahora, la abrumadora mayoría de las bajas por la guerra del narcotráfico es de sicarios muertos por sicarios. Nueve de cada diez, nueve mil de los diez mil muertos vinculados al narcotráfico que han caído durante el gobierno del presidente Calderón, corresponden a narcos muertos por narcos.

No hemos tenido, como en Colombia, el caso de que las bandas maten generales, ministros de justicia, candidatos presidenciales, directores de medios o pongan bombas en centros comerciales. Aquello llegó a ser la guerra del *narco* contra la sociedad legal.

Pero la audacia pública de un supuesto líder de *La Familia* apodado *La Tufa*, proponiendo al gobierno un pacto mientras sus sicarios tomaban la ofensiva contra miembros de la Policía Federal, son indicios de cambios cualitativos en la violencia, pasos en el camino de la verdadera guerra entre el narcotráfico y la sociedad.

De modo que formularé nuevamente mi premisa de las diferencias entre México y Colombia en materia de narcotráfico: salvo en casos aislados, que no tienen hasta ahora continuidad pero que podrían anunciar un futuro sombrío, el *narco* mexicano no le ha declarado la guerra al Estado ni disparado contra el gobierno, ni, mucho menos, contra la sociedad.

Los muertos del *narco* y su presencia ubicua en los medios han logrado, sin embargo, imponer en nuestras cabezas y en las cabezas del mundo la imagen de un país ensangrentado y violento que se corresponde poco o nada con la experiencia cotidiana de la abrumadora mayoría de los mexicanos. ■■

acamin@milenio.com

